

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y se han utilizado con fines meramente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, empresas, nombres o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *Three Mothers*

© 2025, Hannah Beckerman

© 2026, de la traducción por Tatiana Marco Marín

© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: marzo de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87788-12-4

DL: B 1.892-2026

Composición:

Nodicia

Diseño de interiores:

David Pablo

Impreso en marzo de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Hannah Beckerman

La verdad tras la puerta

Traducción de Tatiana Marco Marín



Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

*Para Aurelia,
por quien iría hasta los confines del mundo.*

CAPÍTULO 1

Abby

Son las diez y cuarto e Isla Richardson todavía no ha llegado a casa.

Abby contempla el reloj sobre la chimenea y escucha cómo llena el silencio.

No es propio de su hija llegar tarde.

Toma el teléfono móvil que está junto a ella, comprueba si tiene algún mensaje sin leer, descubre que no ha recibido nada y le manda un WhatsApp a Nicole, su mejor amiga.

A: ¿Has hablado con Nathaniel esta noche? Isla no ha vuelto de la fiesta todavía y no sé nada de ella. Besos.

Observa el teléfono, espera a que las dos marcas de visto se vuelvan azules –Nicole nunca está demasiado lejos de su móvil– y, cuando se mantienen obstinadamente grises, siente una punzada de preocupación.

Se oye el ruido metálico de una llave al introducirse en la cerradura de la entrada principal y Abby gira la cabeza de golpe mientras el alivio le expande los pulmones. Sin embargo, cuando se abre la puerta que comunica con el salón, no es Isla la que la atraviesa, sino Clío. Lleva unos pantalones grises de deporte y una camiseta corta de color blanco que deja muy poco a la imaginación. El conjunto muestra demasiada piel para tratarse de una quinceañera, pero Abby nunca se atreve a comentar las elecciones de vestuario de su hija pues, si comete ese error, recibe una mueca y un sermón sobre los derechos de las mujeres.

El ceño se le frunce ante la idea de que Isla todavía no haya

vuelto a casa, pero lo alisa de forma consciente y recibe a su hija pequeña con una sonrisa.

–Pensaba que ibas a quedarte en casa de Freya esta noche.

Clio se encoge de hombros sin mirarla a los ojos.

–He cambiado de idea.

–No habrás venido caminando sola hasta casa, ¿verdad?

Su hija pone los ojos en blanco mientras juega con el cordón de la cinturilla de sus pantalones.

–Es un paseo de diez minutos.

–Aun así, cuando se hace tarde, preferiría ir a buscarte; ya lo sabes.

Clio suspira con contención adolescente y Abby le estudia el rostro: ojos azules y atentos enmarcados por una línea gruesa de kohl negro, pestañas con pegotes de rímel y labios con mucho brillo fruncidos en una línea recta e inquebrantable.

–No sabes nada de Isla, ¿verdad?

Por primera vez desde que ha llegado a casa, su hija la mira de forma directa, echando chispas.

–No, ¿por qué debería?

–Tan solo he pensado que tal vez te había mandado un mensaje o algo así. Dijo que llegaría a casa a las diez.

Clio sacude la cabeza.

–Dios no quiera que Doña Perfecta llegue quince minutos tarde. –El desprecio le tiñe la voz y, después, se da la vuelta y se dirige hacia la puerta.

–¿Te marchas a la cama?

–Sí.

La sílaba cortante pende del aire mientras se va.

Abby escucha cómo sube las escaleras dando pisotones y se pregunta, como hace a menudo, qué clase de persona habría sido su hija pequeña en un mundo paralelo en el que su padre no hubiese muerto de un infarto una semana después de su décimo cumpleaños. Antes de eso, había sido una niña muy feliz: desbordaba un entusiasmo contagioso, era un poco descarada y algo inconformista. Encantadora de forma natu-

ral, había atraído a la gente gracias a su sonrisa pícara y sus comentarios bellamente ingenuos y a menudo graciosísimos. Era el tipo de niña que conseguía despertar el afecto de los presentes sin tan siquiera intentarlo. Pero, ahora, cinco años tras la muerte de Stuart, hace tiempo que esa niña desapareció y fue reemplazada por una adolescente que, por mucho que intente comunicarse con ella, parece rebosar desdén por todo lo que dice o hace su madre.

Tras bajar la vista de nuevo al teléfono, comienza a teclear un mensaje para Isla a pesar de que parte de su cerebro le dice que no lo haga. Su hija mayor tiene diecisiete años. No es raro que las chicas de su edad se queden hasta altas horas en una fiesta. Y es consciente de que, siendo noche de viernes, las diez y cuarto no es tan tarde.

Sin embargo, también es consciente de que Isla no es como el resto de adolescentes. Es responsable, considerada y diligente. Siempre le manda un mensaje cuando no va a llegar a casa a tiempo. Es la clase de hija de la que los otros padres hablan con tono adulador, dado que siempre se muestra muy considerada con respecto a los sentimientos de su madre y ha sido su piedra angular a nivel emocional desde que Stuart murió. Además, tiene natación a primera hora de la mañana, por lo que sabe que necesita dormir bien si quiere que sea una buena sesión. Tras una interrupción de los entrenamientos durante el verano (a causa de un molesto virus estomacal seguido de una lesión en el hombro), Isla ha estado esforzándose en la piscina de forma endiablada, puesto que está decidida a clasificarse para los nacionales durante las pruebas que tendrán lugar el mes que viene. Abby sabe que es lo bastante buena como para lograrlo; su entrenador se lo ha dejado claro, tal como han hecho sus resultados en las competiciones del condado del último año. Tan solo debe entrenar duro, seguir concentrada y dormir lo suficiente.

A: Hola, cielo. Tan solo quería saber si va todo bien.
Si quieres que vaya a buscarte, dímelo. Besos.

Mientras presiona la tecla de «Enviar» con el dedo, siente un destello pronunciado de culpabilidad. La casa de Mee-
ra, donde se celebra la fiesta, se encuentra solo a una corta
distancia a pie. A Isla no le va a pasar nada de camino a casa.
Sin duda, Jules o Yasmin, que viven cerca, la acompañarán.
Se está preocupando por nada.

El sonido del timbre es como un grito en medio del silen-
cio. Abby se levanta del sofá, sobresaltada, y supone que su
hija debe de haberse olvidado las llaves. Por norma general,
es muy meticulosa con sus pertenencias y casi nunca se olvi-
da de ellas o las pierde.

Mientras abre la puerta principal, Abby se da cuenta de que
siente como si algo le estuviera presionando el pecho con mu-
cha fuerza.

No se trata de Isla, dedicándole una sonrisa de disculpa.

En su lugar, en el umbral de la puerta hay dos policías. Y nin-
guno de ellos está sonriendo.

—¿Señora Richardson? Soy la agente Kelly y este es el agen-
te Hessell. ¿Podemos pasar?

CAPÍTULO 2

Nicole

Nicole sale de puntillas del dormitorio de su hijo y cierra la puerta con un chasquido apenas audible.

Durante un instante, se queda con la oreja pegada a la madera, escuchando, para comprobar si va a removerse.

Hacía años que no se comportaba así. Con quince años, Jack no necesita (ni quiere) que lo arrope en la cama antes de dormir. Sin embargo, lo de esta noche ha sido diferente.

Al otro lado de la puerta, oye el sonido de su respiración profunda y se permite sentir un atisbo de alivio.

Mientras se arrastra escaleras abajo, exhala en silencio e intenta deshacerse de las imágenes de los acontecimientos de la noche que le pasan tras los párpados.

Jack está durmiendo. Por el momento, eso es suficiente.

Cuando entra en la cocina, se sobresalta al encontrar a Nathaniel apoyado contra el fregadero estilo *butler*, bebiendo un vaso de agua.

—¿Cuándo has llegado a casa?

Nathaniel apura el vaso, se seca los labios con la manga de la chaqueta y Nicole resiste la necesidad de decirle que no haga eso. En diez meses, su hijo se convertirá oficialmente en adulto (con su constitución alta y desgarbada y sus extremidades que, como si hubiesen crecido de un modo unilateral sin avisar al resto del cuerpo, son más alargadas que las demás, ya casi parece un adulto), por lo que sabe que su autoridad para regañarle mengua día tras día.

—Hace unos minutos.

Nicole pasa junto a la isla de la cocina y estira el brazo para tomar un vaso del armarito que se encuentra sobre la vinote-

ca. Como si fuera a cámara lenta, observa cómo el vaso se le escurre entre los dedos y se hace añicos sobre las baldosas del suelo color gris pizarra.

—¿Estás bien?

Asiente, aunque el esfuerzo necesario le parece colosal.

—Perdón. Vigila por dónde pisas.

Tras pasar junto a su hijo, abre el armario de debajo del fregadero, saca el recogedor y el cepillo y comienza a barrer con movimientos amplios y bruscos.

—¿Estás bien? Estás actuando de forma algo... rara.

Nicole respira hondo. No sabe cómo es posible sentirse agotada y llena de adrenalina al mismo tiempo.

—Estoy bien. Se trata de Jack. Esta noche se encontraba fatal.

—¿En qué sentido?

Títubea, pues no está muy segura de cuántos detalles compartir.

—No podía dejar de vomitar. Ha sido horrible. He estado a punto de llevarlo a urgencias.

—Mierda. Espero que no me lo pegue.

Nicole se apresura a tranquilizarlo.

—Parece que ahora está un poco mejor. Se ha dormido. Espero que por la mañana haya mejorado. Pero sospecho que seguirá indispuesto un par de días.

Se pone en pie y vuelca los cristales rotos en la basura antes de recordar que tendría que haberlos envuelto en papel de periódico. Sabe que, más tarde, cuando al fin llegue a casa, Andrew le hará algún comentario al respecto.

Cuando se saca el móvil del bolsillo trasero de los vaqueros para comprobar si su marido le ha mandado algún mensaje, ve un WhatsApp que Abby le ha enviado unos minutos antes.

A: ¿Has hablado con Nathaniel esta noche? Isla no ha vuelto de la fiesta todavía y no sé nada de ella. Besos.

Echa un vistazo al otro lado de la cocina, donde está Nathaniel con la cara enterrada en el teléfono.

–¿Qué tal ha ido la fiesta?
Su hijo se encoge de hombros.
–Bien.
–¿Isla seguía allí cuando te has marchado?
Él baja la vista al suelo y a Nicole le parece que un rastro casi imperceptible de algo (¿Reparo? ¿Vergüenza?) le atraviesa la cara de forma fugaz.
–No lo sé. Me he marchado pronto. Hemos ido a casa de Elliot. ¿Por qué?
–Abby me ha mandado un mensaje para preguntar si había hablado contigo. Isla no ha vuelto a casa aún. –Estudia el rostro de su hijo en busca de algún destello de la emoción que le ha visto apenas un momento antes, pero tan solo encuentra un lienzo en blanco–. ¿A qué hora te has marchado?
Él se encoge de hombros.
–No estoy seguro. Puede que sobre las nueve. ¿A qué viene tanto jaleo? No es que sea precisamente tarde.
Nicole toma una bayeta y limpia algunas migas desperdigadas por la encimera.
–Abby está un poco preocupada. Eso es todo.
Tras enjuagar la bayeta, la escurre y la cuelga del grifo. Entonces, se seca las manos para contestar al mensaje.
–Por cierto, ¿dónde está tu coche? –Nathaniel apenas aparta los ojos del teléfono para hacerle la pregunta.
Nicole nota que se le frunce el ceño.
–¿Qué quieres decir? Está en el camino de acceso.
Su hijo alza la vista y niega con la cabeza.
–No. Cuando he llegado a casa, he creído que tal vez habías salido.
Titubea un instante y los engranajes de su cerebro se ponen en marcha mientras piensa en Jack, que se encuentra en el piso de arriba, y vuelve la vista atrás para recordar los acontecimientos de la velada.
–Tiene que estar. Lo he dejado ahí aparcado antes, cuando he traído a tu hermano a casa del entrenamiento de fútbol.
–Bueno, pues ahora no está.

Nicole sale de la cocina al pasillo y atraviesa el suelo de baldosas blancas y negras. Abre la puerta principal y, cuando sale al camino de acceso, ve el espacio vacío en el que debería estar su coche. Los pensamientos se le agolpan en la cabeza, tratando de componer una historia coherente.

–Me apuesto algo a que te lo han robado. –La voz de su hijo le llega por encima del hombro, cargada de un interés impúdico–. Papá dijo que últimamente ha habido muchos robos de coches por esta zona.

Durante varios segundos, Nicole no responde, pues su mente es como un lienzo lleno de manchas.

–¿Vas a llamar a la policía?

Cuando se da la vuelta, ve que Nathaniel la está mirando; algo hace clic en su cabeza (la necesidad de actuar y encargarse del asunto) y asiente mientras desbloquea el móvil.

–Creo que voy a tener que hacerlo.

CAPÍTULO 3

Jenna

Jenna contempla fijamente el papeleo que se amontona junto a ella en el sofá y, solo con mirarlo, experimenta una sensación de opresión. Se debate entre los pros y los contras de seguir con ello a duras penas ahora, que son casi las diez y media de un viernes por la noche, o dar el día por finalizado y proseguir mañana. No es la primera vez que se pregunta si sus jefes del ayuntamiento tienen alguna idea de la cantidad de horas de faena que, cada semana, el trabajador social medio dedica a su empleo más allá de las que aparecen en su contrato.

Procedente del apartamento de arriba, comienza a oírse el ruido sordo y repetitivo de un bajo. La irritación le hace apretar la mandíbula. Estas invasiones nocturnas del apartamento vecino son como un reloj y, a menudo, la música persiste hasta las primeras horas de la madrugada. Intentó hablar con el inquilino y pedirle que fuera un poco más considerado, pero el chico joven que le abrió la puerta, sin camiseta y con unos pantalones de deporte que le colgaban muy bajos sobre la pelvis, se limitó a mirarla con desprecio y decirle: «Mire, abuela, en mi casa, haré lo que me apetezca». Jenna tan solo tiene treinta y nueve años; y su hijo, diecisiete. Espera no convertirse en abuela hasta dentro de mucho tiempo.

—Hola, mamá.

Cuando se da la vuelta, ve que Callum está detrás de ella con la capucha cubriéndole la cabeza y las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros. A veces, todavía experimenta una conmoción momentánea cuando ve a su niño que ya se parece a un hombre adulto: uno noventa, hombros amplios,

esbelto y tonificado gracias a los entrenamientos de atletismo. Es consciente de que su opinión es parcial, pero le parece que es guapo, así como el tipo de joven capaz que querrías que estuviera contigo si acabaras varado en una isla desierta: fuerte, honesto y fiable.

–No te he oído entrar.

–¿Cómo ibas a oírme con la música de ese imbécil taladrando el techo? ¿Quieres que suba a hablar con él?

Jenna arquea las cejas.

–Sabes perfectamente que no. Es un indeseable. Mantente alejado de él, ¿de acuerdo?

Callum se deja caer sobre el sillón y ella reprime las ganas de decirle que se siente recto.

–¿Qué tal la noche?

–Ha estado bien.

–¿Solo bien?

Su hijo se encoge de hombros y Jenna se da cuenta de que siente una tensión atenazándole el pecho.

–¿Estaba Isla en la fiesta? –Él asiente–. ¿Y?

–¿Y, qué?

–¿Y ha ido todo bien? –Callum se remueve con inquietud, como si, de pronto, no pudiera encontrar una postura cómoda–. ¿Callum?

Posa los ojos en ella un instante y vuelve a apartarlos como si fueran dos polillas demasiado cerca de una llama.

–Hemos tenido una pequeña discusión.

Jenna se obliga a hacer una pausa y no intervenir de forma precipitada.

–¿Sobre qué?

–No importa.

–Claro que importa. –Es capaz de detectar en su propia voz el esfuerzo que está haciendo por mostrarse neutral–. Pensaba que ahora todo iba bien entre vosotros.

Piensa en lo destrozado que acabó Callum cuando Isla rompió con él la primavera pasada, en que le ha costado cinco meses volver a ponerse en pie, en cómo sus propios senti-

mientos hacia la chica pasaron del afecto al odio de forma brusca cuando le rompió el corazón a su hijo o en lo mucho que, desde entonces, le ha costado dedicarle una sonrisa educada y magnánima cada vez que la ha visto en alguno de los eventos del colegio.

—Y así es. Estamos bien. —Callum se muerde el interior de la mejilla—. Voy a prepararme unas tostadas. ¿Quieres algo?

Jenna niega con la cabeza y él se levanta del sillón. Al hacerlo, la capucha de la sudadera se le resbala y deja a la vista una marca escarlata en la mejilla.

—¿Cómo te has hecho esa marca en la cara?

Callum se lleva la mano a la zona.

—Me he chocado con una puerta. En la fiesta. —No espera a que su madre le responda antes de dirigirse hacia la cocina pequeña y cuadrada que está unida al salón.

Jenna escucha los ruidos que hace mientras se prepara un tentempié —el sonido metálico de la panera, la succión de la puerta del frigorífico y el repiqueteo de los cubiertos—, consciente de que tiene el pulso disparado. Rememora los últimos tres años y sus esfuerzos para sacarlo de su anterior colegio y distanciarlo de las influencias que pretendían desestabilizarlo. Recuerda los espectaculares resultados que obtuvo en los exámenes finales de secundaria, gracias a los cuales consiguió una beca para cursar bachillerato en el colegio privado al que asiste ahora y en el que, a lo largo del último año, ha estado floreciendo, al menos académicamente.

Piensa en la trayectoria de su adolescencia, en su implicación en acontecimientos que, con gran facilidad, podrían haber empujado su vida en una dirección diferente y en su propia convicción de que, al cambiar de colegio, tendría la oportunidad de empezar de cero. Piensa en el hecho de que creyó que estaba logrando justo eso al empezar a salir con Isla; la inteligente, popular y juiciosa Isla. A Jenna le pareció una chica agradable. Piensa en lo preocupada que ha estado por sí el hecho de que Isla hubiese dejado a su hijo pudiera hacer que este descarrilara.

Entonces, piensa en la marca de un rojo brillante que Callum lleva en la mejilla, en su excusa poco plausible y en la pelea que ha tenido con la chica y no puede hacer nada (nada que se le ocurra) para evitar que una espiral de ansiedad se le aloje entre las costillas.

CAPÍTULO 4

Abby

«Atropello con fuga».

«Los de la ambulancia han hecho lo que han podido».

«Fue declarada muerta en la escena del crimen».

Las palabras resuenan en los oídos de Abby.

No tienen ningún sentido. Nada de lo que le están diciendo los dos jóvenes policías tiene ningún sentido.

—Lo siento muchísimo, señora Richardson. Sabemos que debe de ser una sorpresa terrible. La agente que servirá de enlace con su familia viene de camino pero, mientras tanto, ¿hay alguien a quien podamos llamar que pudiera venir para acompañarla?

Abby oye las palabras de la agente pero no es capaz de conectarlas con ningún significado comprensible.

—¿Señora Richardson? ¿Le traigo alguna cosa? ¿Un vaso de agua?

Un sonido crepita a través de la radio que la mujer lleva en el hombro. Ella dirige la mano rápidamente a la zona y baja el volumen hasta que el silencio envuelve la habitación.

Bajo los pies de Abby, el suelo parece moverse.

Nada tiene sentido.

—¿Hay alguien a quien llamar? ¿Familiar o amigo?

El tiempo parece haberse detenido y siente el aire estancado en el pecho. En los oídos, todos los ruidos le suenan amortiguados, como si pertenecieran a un mundo distante y paralelo; un mundo en el que es imposible que su hija de diecisiete años esté muerta.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Isla? —Las palabras le queman la garganta, pero necesita saberlo; tiene que descubrirlo.

Entre los dos policías se produce un atisbo de inquietud, y Abby desearía que se enjugaran esa preocupación abominable del rostro; que dejaran de mirarla con una compasión tan espantosa.

—Isla está en la morgue, señora Richardson. En el hospital. «En la morgue». Las palabras la golpean como si hubiera sufrido un ataque físico.

Desde detrás del sofá, le llega el chasquido silencioso de la puerta del salón y, durante un breve instante, Abby siente una oleada de alivio incomparable: todo esto es un terrible error. Los agentes de policía se han equivocado. No es a Isla a la que han atropellado; no es a Isla a la que han matado. Isla está al otro lado de la puerta, preparándose para pedir disculpas por llegar tarde y decirle que ha perdido la noción del tiempo, que se ha quedado sin batería en el móvil y que no ha podido llamarla mientras iba de camino a casa. Isla va a decirle que lo lamenta, que espera que no se haya preocupado y que le contará todos los cotilleos de la fiesta por la mañana pero que, ahora, tan solo quiere irse a la cama y dormir un poco antes de que la alarma le suene a las cuatro y media de la madrugada para ir al entrenamiento de natación. Abby le dará un abrazo y le dirá que no se preocupe, que lo único que importa es que está en casa, sana y salva.

Durante la más breve de las fisuras en el tiempo —un segundo fugaz que dura toda una vida—, Abby está segura de que, detrás de esa puerta cerrada, Isla ha vuelto a casa.

Pero, entonces, la puerta se abre y, encorvada con los pantalones del pijama y una camiseta demasiado grande, la que aparece es Clio, que pasa los ojos por la habitación, se fija en los dos policías y se gira hacia Abby con preguntas en el rostro que ella no tiene la capacidad de responder.

Ante la imagen de su hija pequeña y la ausencia de Isla, el horror absoluto de lo que está ocurriendo la sobrepasa del mismo modo que si la hubieran arrojado desde una gran altura y se estuviera precipitando hacia el suelo con el viento silbándole en las orejas, y sin tener ni idea de cuánto tiempo

va a seguir cayendo o qué ocurrirá cuando aterrice. El dolor la embiste desde todos los ángulos, se le acumula en la garganta y amenaza con ahogarla.

Se estira hacia Clio, la agarra de la mano y la atrapa entre los brazos. Tras envolver el cuerpo de su hija, se aferra a ella con ferocidad, como si, al soltarla, corriese el riesgo de que ambas se asfixiaran con el horror de lo que ha ocurrido. La conmoción la asalta como las olas agitadas por una tormenta, y Abby no sabe cómo van a sobrevivir a esto; cómo alguien podría sobrevivir a algo así; cómo van a lograr no acabar aplastadas bajo el peso de semejante pérdida.

CAPÍTULO 5

Nicole

—¿Qué te han dicho?

Con las ideas confusas, Nicole se vuelve hacia Nathaniel, que está sentado en la mesa de la cocina.

—¿Qué te ha dicho la policía? ¿Creen que te han robado el coche?

Ella se sirve un vaso de agua y lo bebe con ganas.

—Me han dado un número de expediente y me han dicho que debería comunicárselo a la empresa de seguros a primera hora de la mañana.

—¿Eso es todo?

—¿Qué quieres decir?

—¿No van a enviar a nadie para que lo investigue ni nada por el estilo?

Un dolor le palpita en las sienes, así que se las frota con los dedos en círculos concéntricos.

—Tal como dice papá, hoy en día los robos de coches son muy habituales.

—Pero ¿quién me va a llevar a practicar con el coche si te han robado el tuyo? Vuelvo a examinarme en seis semanas y papá nunca tiene tiempo.

Nicole se toma un momento antes de contestar.

—Se nos ocurrirá algo; no te preocupes.

Más allá de la cocina, oye el chasquido de la puerta principal al abrirse y cerrarse y unos pasos familiares recorriendo el pasillo. Cuando se mira el reloj de pulsera, ve que son poco más de los once menos veinte, lo que, según los estándares de cualquier persona normal, es bastante tarde para volver a casa del trabajo un viernes por la noche. Sin embargo, a lo

largo de los últimos diecinueve años de matrimonio, se ha dado cuenta de que los gestores de fondos de cobertura no son como las personas normales.

Andrew entra en la habitación. Tiene los ojos rodeados de patas de gallo y, aun así, en un buen día, todavía podría pasar por alguien en la treintena en lugar de al final de la cuarentena. Las amigas de Nicole a menudo le han comentado lo bien que ha envejecido y la suerte que tiene de que, a diferencia de tantos hombres que se acercan a los cincuenta, no haya descuidado su aspecto. Sin embargo, mientras lo observa en ese momento, se descubre preguntándose si el afán implacable de su marido por mejorarse a sí mismo y su obstinado acaparamiento de riqueza y estatus han sido lo más adecuado para su familia; si no habría sido mejor llevar una vida más tranquila y calmada y con menos aspiraciones de modo que hubiera estado en casa cuando de verdad lo había necesitado.

Andrew le da un beso en la mejilla. Huele a ajo cubierto con menta y no sabe si es su aliento o las consecuencias de los acontecimientos de esta noche lo que le revuelve el estómago.

—¿Estás bien? Pareces hecha polvo.

—A mamá le han robado el coche.

Andrew la mira, interrogante, y Nicole tan solo puede asentir a modo de respuesta.

—¿Lo has denunciado a la policía?

Ella vuelve a asentir con la cabeza, que le resta con pesadez sobre los hombros.

—Dios... —La voz de Nathaniel destila sorpresa y Nicola dirige la vista hacia donde está sentado, ve la angustia que le cubre el rostro y siente un nudo de miedo anticipativo.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

Durante un momento, su hijo no dice nada y se limita a mirar fijamente y en silencio la pantalla de su teléfono. Alza la vista hacia sus padres, vuelve a bajarla hacia el móvil y, después, los mira de nuevo.

—Se trata de Isla.

Por un instante, Nicole supone que es Isla la que le ha mandado un mensaje y se pregunta si ya se habrá puesto en contacto con Abby o si ya habrá llegado a casa. Pero, antes de que el pensamiento pueda asentarse, Nathaniel vuelve a hablar.

–Elliot acaba de mandarme un mensaje. Dice que Isla ha sufrido un accidente. –Nicole siente tensión en el pecho y es como si la habitación titubease, a la espera de lo que su hijo vaya a decir–. Dice que Isla está muerta.

La sangre se le sube a la cabeza de golpe, como si la hubieran sumergido en agua y la presión la aplastara.

–Tiene que ser una broma. Sin duda. –Andrew pasa la mirada incrédula entre su mujer y su hijo, como si buscara una confirmación de que todo esto no es más que una broma de mal gusto.

–Meera también me ha mandado un mensaje para contarme lo mismo. Dice que hay muchos policías en su casa.

Nathaniel desliza el pulgar por el teléfono, lee algo y vuelve a pasar el dedo por la pantalla. Mientras tanto, el suelo sobre el que se encuentra Nicole parece moverse y dar vueltas, y no sabe cómo es posible que siga en pie.

–Tengo otros cuatro mensajes al respecto. Todos dicen lo mismo. –Su hijo alza la vista con el rostro lívido–. Creo que no es una broma.

–¿Dónde ha ocurrido? –Nicole nota las palabras espesas y viscosas en la boca.

–Frente a la casa de Meera. Durante la fiesta. No me lo puedo creer.

Nicole se percata de que, a su lado, Andrew se aferra al borde de la mesa, se sienta en una silla junto a Nathaniel y entierra la cabeza entre las manos. Su hijo sigue mirando el teléfono, boquiabierto, como si las palabras fueran a reformularse para cobrar un significado diferente.

Ella se queda de pie, inmóvil, observándolos a ambos con la cabeza llena de ideas que es incapaz de comprender. Es como si hubiera abandonado su propio cuerpo; como si estuviera flotando, alejándose más allá de esa realidad inimaginable.

Recuerda el mensaje que Abby le ha mandado antes y al que no ha llegado a responder, dado que ha estado demasiado preocupada por Jack y por llamar a la policía con respecto a su coche.

Piensa en su amiga, en dónde se encontrará en este momento y en quién estará con ella, y siente una oleada de culpabilidad al pensar que estará enfrentándose a esto sola, sin un marido a su lado que pueda ayudarla a sobrellevar el dolor. Va a tener que soportar otra pérdida inimaginable.

Piensa en Isla, una adolescente a la que conocía desde el día de su nacimiento. Un bebé precioso. Una niña preciosa.

«Y, ahora, Isla está muerta».

Se le revuelve la tripa, corre hasta el fregadero y siente unas arcadas inexorables mientras los contenidos de su estómago se abren paso hacia la pila de porcelana. Las arcadas prosiguen como las olas agitadas del océano y, entonces, nota una mano frotándole la espalda de forma rítmica y siente a Andrew detrás de ella.

Piensa en Isla —«¿Cómo puede estar muerta?»—, en Abby y en Clio y en cómo van a sobrellevar semejante pérdida. No puede hacerse a la idea de cómo debe de estar sintiéndose su amiga. Piensa en Jack, que está en el piso de arriba, en la cama, y en Nathaniel, sentado a la mesa con el rostro pálido por la conmoción. Lo único que puede hacer es envolver a sus hijos entre algodones y jurar que nunca más va a volver a perderlos de vista.

CAPÍTULO 6

Jenna

Jenna contempla a Callum, sentado junto a ella en el sofá y comiéndose los restos de la tostada. Intenta no mirar la marca roja que le adorna la mejilla o imaginar qué podría haberla causado. Intenta no pensar en la discusión que su hijo e Isla han mantenido esta noche.

La consternación le provoca un hormigueo en el cuello al pensar en la posición precaria de su hijo dentro del colegio. Es el único estudiante de bachillerato con una beca completa; el único procedente del instituto local, un fiasco; el único que, con toda seguridad, está intentando escapar de un pasado que casi descarrila su vida.

Su relación con Isla (estudiante de sobresaliente, nadadora del condado y popular entre todo el mundo) había supuesto su primer romance adolescente, así como un camino rápido hacia el núcleo de la vida social del colegio. Claramente, Abby no había aprobado la relación de cinco meses de su hija con Callum y, cada vez que Jenna se había encontrado con ella durante los eventos escolares, había sido incapaz de ocultar el disgusto que se escondía tras las normas sociales superficiales: las sonrisas tensas, las preguntas de rigor y el esfuerzo supremo por fingir que la clase, la riqueza y el privilegio no tenían importancia cuando se trataba del jovencito que estaba saliendo con su hija. Callum siempre insistía en que, durante todas aquellas noches y aquellos fines de semana que había pasado en casa de Isla, su madre siempre se había mostrado educada con él, pero la educación y la amabilidad no son lo mismo.

Jenna no se hace ilusiones de que el grupo de padres de Co-

Collingswood vaya a aceptarla alguna vez. No tiene ni el tiempo para tomar café por las mañanas ni el dinero necesario para la interminable lista de cenas con copas. Nunca ha buscado esa clase de inclusión. Antes de que su hijo accediera al colegio, ya sabía que iban a adentrarse en un mundo económico nuevo: un universo de salarios de siete cifras, hogares pudientes, segundas viviendas, flamantes cuatro por cuatros y exóticos viajes al extranjero durante las vacaciones escolares. Es un nivel de riqueza que Jenna apenas puede concebir y con el que ni mucho menos puede competir. Sin embargo, desde que Callum empezó a estudiar en Collingswood, ha tenido claro que la igualdad financiera y la amistad parental no son lo importante. Tan solo necesita que los estudiantes del centro acepten a su hijo, y es demasiado consciente de que, si se produce algún conflicto entre Callum e Isla, tan solo habrá una víctima a nivel social.

Desde las profundidades del bolsillo de los vaqueros de su hijo llega el sonido familiar de su teléfono móvil. Contempla cómo saca el dispositivo y abre un mensaje. Ve cómo se le mueve la nuez de la garganta.

—¿Va todo bien?

Él se gira para mirarla y hay algo indescifrable en sus ojos: inquietud, descontento, desasosiego... No está segura del todo.

—Se trata de Isla.

Jenna no sabe si sentirse preocupada o aliviada. Si la chica le ha mandado un mensaje, tal vez las cosas no vayan tan mal entre ellos como temía. O tal vez se trate de la continuación de su anterior discusión; de una orden para que se mantenga alejado de ella y deje de salir con sus amigos.

—¿Qué te dice?

Callum cierra los ojos con fuerza y niega con la cabeza con pequeñas sacudidas.

—¡Mierda!

Con el puño, golpea con fuerza el sofá, justo a su lado, y la ansiedad se enrosca en torno a la garganta de Jenna.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

Su hijo no contesta y se presiona los laterales de la cabeza con las manos como si estuviera intentando deshacerse a la fuerza de cualesquiera que sean los pensamientos que hay en ella.

—Callum, por favor, me estás asustando. ¿Qué ocurre?

Él no dice nada y le pasa su teléfono móvil.

Jenna lee el mensaje y siente que su mundo se inclina en un ángulo diferente.

«Mierda, ¿te has enterado? A Isla la ha atropellado un puñetero conductor que se ha dado a la fuga. Ha muerto. La policía ha rodeado la casa de Meera. ¿Dónde estás?».

Lee el mensaje y lo vuelve a leer mientras pasa la vista de una palabra a la siguiente, consciente de lo que dicen, pero incapaz de entender lo que significan. No puede comprender que Isla, la preciosa joven de la que sabe que su hijo sigue enamorado, esté muerta.

—Callum, lo siento. Lo siento muchísimo.

Lo rodea con los brazos, lo mece adelante y atrás y se aferra a él, deseando poder sentir el dolor en su lugar. Aun así, incluso aunque le susurra que todo va a ir bien y que van a superarlo juntos, no puede escapar del miedo que le tira de las entrañas ante la idea de que, tal vez, en esta ocasión, no pueda protegerlo.

SIETE MESES ANTES DE LA
MUERTE DE ISLA

CAPÍTULO 7

Isla

—¿A qué hora llegarás a casa?

Isla preparó lo que necesitaría para entrenar después de las clases y lo metió en la mochila: el traje de baño, las gafas de bucear, el gorro, la toalla y el desodorante.

—No estoy segura. Tal vez sobre las diez.

—Y, esta tarde, ¿Callum y tú vais a estar solos en su casa?

La voz de su madre tenía un evidente tono mordaz, así que esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Solo voy allí a estudiar, mamá. Callum me va a ayudar a preparar el examen de Química y yo a él con la solicitud para los cursos de verano. Eso es todo.

Pudo oír la elipsis al final de aquella frase: «No vamos a hacer el amor de forma desenfrenada. No se trata de eso. Puedes confiar en mi sensatez».

—¿Y no preferiría Callum venir aquí? Hay más espacio. Sería mejor para estudiar. Puedo pedirnos comida... Lo que queráis. ¿Pizza? ¿Tailandés?

—Estaremos bien, de verdad. Callum siempre está viniendo aquí.

Isla vio que a su madre se le formaba una arruga de preocupación en la frente. Habían pasado tres meses desde que había empezado a salir con Callum, pero a ella no parecía gustarle más que el primer día que lo había llevado a casa.

—Tan solo me preocupa que acabes... distraída. Ya sabes que este año es muy importante para ti. No queda demasiado para los exámenes de acceso y, si quieres tomarte en serio lo de entrar al equipo nacional de natación, vas a necesitar muchísimo tiempo.

No necesitaba que terminara aquel discurso para saber lo que estaba pensando: «No tienes tiempo para relaciones. Tan solo tienes diecisiete años. Los novios pueden esperar hasta que seas más mayor». A veces, Isla se preguntaba si lo que le molestaba era que tuviera novio o si se trataba de Callum específicamente; si se habría mostrado más tolerante si hubiese llevado a casa a uno de los compañeros de clase a los que conocía desde hacía años: alguien que viviera en una casa como la suya en lugar de en un apartamento alquilado en un bloque de antiguos pisos de protección oficial. Sin embargo, su madre todavía no había llegado a conocer a Callum; no se había permitido reconocer su amabilidad, su sentido del humor y su increíble determinación.

Contuvo la frustración que sentía ante la falta de aprobación de su madre. Tan solo le cabía esperar que, con el tiempo, dejara de lado sus prejuicios y se diera cuenta de que en realidad Callum era muy bueno para ella.

–Sinceramente, mamá, estoy bien. –Comprobó que llevaba los libros de Biología, Química y Matemáticas en la mochila–. Ni estoy distraída ni estoy descuidando nada. Callum se esfuerza incluso más que yo.

–Dios, ¿es que eso es posible?

Isla miró por encima del hombro y vio que Clio había aparecido en el umbral de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho.

–¿Qué quieres decir?

Su hermana la miró con aire burlón.

–Me cuesta creer que alguien pueda sacarle más horas al día para estudiar que tú.

Su madre suspiró.

–No hay nada de malo en querer que las cosas te vayan bien, Clio. Te iría bien seguir su ejemplo de vez en cuando.

–Sí, bueno, no todos podemos ser perfectos como Isla, ¿verdad?

Isla se encogió ante el tono punzante de su hermana.

–Clee, no seas así.

—Así, ¿cómo? —dijo Clio mientras la fulminaba con la mirada. Isla se permitió respirar hondo. A veces, solo cuando cerraba los ojos y se obligaba a recordar, podía creer que, en el pasado, no mucho tiempo atrás, su hermana y ella habían estado muy unidas.

—Clio, ¿podrías terminar de prepararte para ir a clase, por favor? No querrás llegar tarde de nuevo, ¿verdad?

Se produjo un momento de duda antes de que ella frunciera el ceño, se diera la vuelta y subiera las escaleras dando pisotones. Isla escuchó cómo sus pasos se alejaban y se preguntó si había algo que pudiera hacer para volver a congraciarse con su hermana; para ayudarla a sentirse menos resentida e inundada por la sensación de que el mundo entero estaba en su contra. Desde la muerte de su padre, Clio era igual que un resorte con los sentimientos perfectamente enroscados, como si contener su dolor fuese un acto de supervivencia. No importaba de cuántos modos intentara acercarse a ella o la paciencia infinita de su madre ante sus arrebatos: a esas alturas, la ira de su hermana era el cuarto miembro de la familia al que había que tener en cuenta para lidiar con él y aplacarlo en todo momento.

Al contemplar la fotografía que tenía en la mesita de noche (ella con su padre frente al Gran Geysir en Islandia poco antes de su muerte), Isla fue consciente de un calambre familiar en el pecho: la pérdida y el amor que albergaba hacia él y con el que no sabía qué hacer, dado que ya no estaba; la imposibilidad de creer, incluso después de tanto tiempo, que nunca más volvería. A veces, no podía evitar pensar que si su padre no hubiera sufrido un infarto con cuarenta y un años, la vida de su hermana y la suya habrían sido tan diferentes que era imposible comprenderlo. Su muerte había señalado una bifurcación en el camino que las había empujado a ambas hacia diferentes sendas, y jamás sabrían hasta qué punto sus experiencias habrían sido distintas (mejores) si hubiera seguido vivo.

—¿Cómo volverás a casa? No me importa ir a buscarte.

Isla negó con la cabeza.

–No pasa nada. Tomaré un Uber. Lo más probable es que Callum me acompañe y después regrese en autobús.

–Callum no querrá tener que deambular por ahí de noche para volver. Ahí fuera hará un frío polar.

–De verdad, mamá, no pasa nada. A él no le importa. –Al echar un vistazo al reloj que tenía junto a la cama, vio la hora que era–. Será mejor que me vaya. Le dije a Meera que me reuniría con ella en la biblioteca antes de las clases. –Agarró la bolsa de natación y la mochila, se las colgó del hombro, se inclinó hacia delante y le dio un beso de despedida a su madre–. Nos vemos luego.

Mientras bajaba las escaleras corriendo, notó un aleteo en el pecho, como si un pájaro enjaulado estuviera batiendo las alas. Se había percatado de aquella sensación por primera vez poco después de la muerte de su padre. Era un sentimiento de responsabilidad y de altas expectativas, así como la necesidad de seguir remando con fiereza bajo la superficie de modo que nadie –ni siquiera su madre– se percatara de lo mucho que tenía que esforzarse para mantener la percepción que todo el mundo tenía de ella: la estudiante perfecta, la hija perfecta, la atleta perfecta. La gente parecía pensar que aquello no le costaba ningún esfuerzo; que había sido bendecida con la capacidad de no venirse abajo sin estrés, ansiedad o un empeño excesivo y hercúleo. Desde la muerte de su padre, había sentido la presión de tener que madurar de la noche a la mañana y pasar de ser una chica de doce años a una adulta; de estar ahí para cuidar de su madre, vigilar a su hermana y ser la adolescente de la que nadie debe preocuparse porque ya tenían demasiadas preocupaciones propias. A lo largo de los últimos cinco años, se había sentido como si hubiera estado intentando convertirse en la persona que los demás querían que fuera –la persona que los demás necesitaban que fuera– y, a veces, ya no estaba segura del todo de cuál era la versión verdadera de sí misma.

–Cuarenta y ocho de cincuenta. Vas a clavar sin problemas ese examen de Química.

Sobre la cama individual y estrecha de Callum, Isla se giró para colocarse de costado y apoyó la cabeza sobre el brazo.

–¿En cuáles me he equivocado?

Callum ojeó las páginas del libro de texto.

–En una sobre hidrocarburos y en otra sobre aldehídos.

Ella frunció el ceño.

–¿Estás seguro? Hoy hemos repasado los aldehídos en clase; no debería equivocarme en esa.

Le quitó el libro, revisó la página y comprobó que estaba en lo cierto. La ansiedad titiló en su interior como una bombilla defectuosa y se preguntó si sería factible encontrar algún hueco para estudiar un poco más antes del examen del martes. Aquel mismo día, el señor Vyleta le había dicho que había sacado un diez en un examen de prueba que habían llevado a cabo en clase la semana anterior. Sin embargo, tan solo había logrado un 9,6 en aquella prueba estúpida y la verdad es que eso era inexcusable.

–Deja de parecer tan preocupada. No es más que un ejercicio de prueba. No es para tanto.

Callum le dio un beso y tomó el archivador con los apuntes. Isla intentó convencerse a sí misma de que tenía razón: todavía le quedaba tiempo para mejorar antes del examen de la semana siguiente.

Cuando echó un vistazo en torno al dormitorio, se fijó en el armario estrecho, en la mesita de noche de melamina y en las cortinas finas que no lograban impedir lo suficiente el paso de la luz procedente de la ventana de un solo cristal. No había ni cómoda, ni silla, ni escritorio para estudiar. Por norma general, Callum hacía los deberes en la mesa plegable de la cocina o en la biblioteca del colegio. A veces, cuando quedaban en su casa, Isla sentía la necesidad de disculparse y reconocer que era absurdo que ella tuviera un dormitorio casi tan grande como todo su piso con una cama doble, armarios empotrados, dos cómodas, un escritorio de madera

maciza de roble y un sofá justo debajo de la ventana desde el que se veía el jardín. Sin embargo, nunca encontraba las palabras adecuadas –o el tono adecuado– sin arriesgarse a sonar condescendiente.

Mientras observaba a Callum, que estaba leyendo su solicitud para los cursos de verano, intentó imaginar qué ocurriría durante los siguientes dieciocho meses y si ambos obtuvieran las notas que necesitaban para acceder a Oxford. Ella para estudiar Medicina y él, Filosofía, Política y Económicas. Si, dentro de un año y medio, seguiría tan entusiasmado ante la idea de que ambos estudiaran en la misma universidad. La perspectiva de tener que tomar rumbos separados le parecía impensable. Antes de Callum, jamás había tenido interés en salir con nadie, pero, en aquel momento, tras tres meses de relación, ya le parecía una parte muy importante de su vida. La posibilidad de que no estuvieran juntos en la universidad se le antojaba demasiado grande, demasiado con lo que lidiar, así que la apartó a un rincón de su mente antes de que ocupara demasiado espacio.

Su teléfono móvil emitió un pitido desde la mesita de noche. Estiró el brazo por encima de Callum, lo tomó y se encontró con un mensaje de su madre.

A: ¿Qué tal ha ido en natación? Tan solo quería comprobar si, definitivamente, no quieres que vaya a buscarte a casa de Callum. ¡Está helando! Besos.

Estaba a punto de teclear una respuesta para decirle que llegaría en torno a las diez, tal como le había prometido, cuando una imagen se le coló en la cabeza: su madre, sola en casa a las nueve de un viernes por la noche, sin duda preocupada por el paradero de Clio, con una novela junto a ella sobre el sofá y el silencio palpitante de la casa.

Antes de que fuera consciente de que sus pensamientos se estaban uniendo para convertirse en palabras, se giró hacia Callum.